

Terrible fué la desesperación de la niña, que no había tenido más ser á quien amar que su padre; su madre la había abandonado casi constantemente para entregarse á sus placeres sin freno, y no se había cuidado de los deberes maternos sino para hacer sufrir á la niña el yugo de su autoridad.

Mientras que él, el muerto, había estado sin cesar junto á ella, rodeándola de ternura, de cuidados vigilantes que nunca se desmintieron.

Peyrolles dejó pasar la crisis de llanto de que era presa Bathilde, y que duró parte de la noche.

Después, así que la niña se hubo calmado un poco, quiso llevársela fuera del cuarto mortuario. Pero ella se resistió diciendo que no abandonaría á su padre hasta que lo sacasen de allí.

Entonces Peyrolles se quedó con ella, por miedo á

que, en su ausencia, resucitase el muerto y contara á la hija lo que sabía.

Los bribones, por fuertes que sean, tienen á veces esos extraños terrores.

Y no se atrevió á ausentarse hasta el día siguiente, cuando vió que el cadáver sufría un principio de descomposición. Entonces salió para cuidarse del entierro.

Éste se verificó al día siguiente, y á la vuelta del cementerio, pudo llevarse al fin á Bathilde, á quien instaló en su casa.

— Hija mía — le dijo en cuanto la creyó en disposición de oírle, — el sueño que se apoderó de usted cuando sobrevino la muerte á su pobre padre, le impidió recoger sus últimas voluntades. Pero yo, que pude recogerlas con su último suspiro, debo trasmitírselas.

Preocupado por el porvenir de usted cuando él faltase de este mundo y sabiendo que nadie vendría á presentar su parentesco para tomarla y protegerla, el que usted llora la ordena, aunque yo sea un extraño, de vivir en lo sucesivo conmigo, á fin de que tenga á la vez una tutela y una salvaguardia en mi persona.

Además, le recomienda que sea dócil á las enseñanzas que yo crea conveniente darle y no rebelarse nunca contra ellas, por raras que pudieran parecerle.

— ¿Así ha hablado mi padre? — preguntó la niña, clavando interrogativamente sus ojazos negros en Peyrolles, á quien costó trabajo sostener sin desconcertarse aquella mirada.

— Esas son sus propias palabras... ¿Está usted dispuesta á obedecerle?

— Ya que es su voluntad, tengo que someterme — repuso despacito Bathilde, en quien parecía nacer una duda.

— Bien, querida — replicó el bandido, — ya sabía yo por anticipado que, como hija respetuosa de las órdenes de un padre moribundo, me daría usted esa contestación.

Viviremos, pues, juntos, desde ahora.

Residirá usted en esta casa, que es propiedad mía, y en donde le arreglarán sus habitaciones.

Yo soy relativamente rico y podré proporcionarle un poco de bienestar, del que gozó usted en su infancia; porque he sabido que antes ocuparon sus padres las primeras filas de la sociedad.

También le proporcionaré maestros que completarán su educación tan bruscamente interrumpida por la desgracia.

— Es preciso que esté usted en disposición de recobrar, cuando llegue el momento, el puesto que le espera en el mundo.

— ¿Que quiere usted decir? — preguntó Bathilde, cuyas pupilas se iluminaron instantáneamente con un rayo de envidia. — ¿Quiere decir que seré rica?

— Indudablemente.

— ¿Que viviré como antes en un palacio... un gran palacio, todo de mármol... con estatuas por todas partes?...

— Eso es...

— ¿Que me devolverán mis preciosos trajes de terciopelo que tanto me gustaba vestir... mis lindos cuellos

de encaje... mis pulseras de oro y mis pendientes de brillantes?

— Se los devolverán.

— ¡Oh! ¡qué felicidad!... Y... ¿cuándo?

— Dentro de algunos años.

Primero, tiene usted que hallarse en estado de ganarlos...

— ¿De ganarlos?... — interrumpió la niña. — ¿Luego no es mi herencia?

— Sí... ya se lo daré á entender... más adelante...

— ¿Por qué, más adelante?

— Porque ahora es usted todavía algo joven y no comprendería claramente la explicación que tengo que darle sobre ese asunto.

— ¡Oh! ¡sí, señor!

— No; es conveniente que antes, haya madurado más su imaginación, que conozca usted un poco más la vida y la organización de la sociedad; entonces no le costará ningún trabajo penetrar el sentido exacto de mis palabras, las cuales, repito, nada significarían hoy para usted.

Tenga, pues, paciencia, hijita mía; le prometo que no le haré esperar mucho la explicación.

Bathilde no insistió; pero su pequeño cerebro empezó á trabajar de firme, y, desde aquel momento, no dejó de pensar en lo que le había dicho su tutor de casualidad.

— ¡Rica!... ¡seré rica!... ¿Pero cómo?

Pregunta que se dirigía cien veces al día, sin encontrar respuesta.

Como había advertido su padre al antiguo intendente, la niña tenía gran afición al lujo, afición que á veces, tenía algo de locura.

Peyrolles hizo ese descubrimiento con satisfacción, pues no podía servir mejor á sus proyectos.

Á medida que la joven crecía, aumentaba más su inclinación. Por otra parte, el miserable no perdía ocasión de desarrollársela por todos los medios de que podía disponer.

Esta era su constante ocupación.

Se dedicaba todo á su obra para llevarla á su apogeo.

Si Brujas era « Brujas la muerta », no era, en cambio, « Brujas la pobre », y existían en ella cuantiosas fortunas.

Durante la bella estación, cuando la ciudad perdía algo de su triste aspecto, llevaba Peyrolles á Bathilde á los paseos públicos; le enseñaba las carrozas doradas de las burguesas ricas, en donde éstas, admirablemente vestidas, cubiertas de pedrería, resplandecían como reinas, y le decía :

— Así irás tú algún día, y hasta mejor, si quieres, porque yo sueño para ti una opulencia ante la cual, la de las mujeres que ahí ves, es indigencia.

Luego, al regresar á casa, atravesaba con ella los barrios aristocráticos, donde se alzaban espléndidos palacios, cuyo lujoso interior se percibía desde fuera.

— Y he ahí, también — le decía — cómo será tu futura morada... que todavía podrás embellecer á tu capricho si te lo dicta el corazón, porque poseerás el

doble, el triple de lo que poseen los dueños de esos soberbios edificios.

— Pero ¿ cómo?... ¿ cómo llegaré á tener todo eso? — preguntaba Bathilde, á quien ardiente codicia hacía subir la sangre á las mejillas.

— Antes de mucho, lo sabrás.

— ¡ Dígalo, dígame pronto! — imploraba la chiquilla, medio loca de deseo.

— Aun no ha llegado la hora.

Bathilde era una de esas naturalezas en quienes reinan el bien y el mal, por partes iguales.

Si uno de esos dos implacables rivales llega á adelantarse al otro, lo domina con tanto poder que no le deja sitio alguno, lo aniquila, y no tarda en destruirlo.

La humanidad nos ofrece con frecuencia como ejemplos, individuos que tienen á la vez eminentes cualidades y grandes defectos y que, á causa de circunstancias acaecidas en un momento determinado, de un impulso recibido cuando dichos defectos y cualidades iban á producirse, resultaron ser, unos, héroes de virtud, otros, profundos canallas; mientras que, por una razón contraria, hubiera podido haber inversión completa en sus respectivos destinos.

En Bathilde, el mal era su pasión por el lujo, por los goces de la vida, que ejercían en ella un imperio despótico.

El bien era un corazón amante y una compasión innata por cuantos padecían.

En la edad en que se hallaba, época crítica en que la niña va á convertirse en joven — iba á cumplir los

quince años — bastaba poca cosa para hacer predominar el primero contra el segundo.

Si Dios hubiera colocado en su camino á alguien bueno y honrado, su *bien* se hubiera hecho fácilmente dueño de su *mal* y hubiese podido ser ella una mujer modelo por todos conceptos.

Pero el demonio la hizo tropezar con Peyrolles, y se vió perdida. El miserable, apoderándose insensiblemente de su corazón, manejándolo y endureciéndolo á su gusto, había llegado á hacer de ella una esclava humilde y obediente.

Así como el hipnotizador impone su voluntad á su sujeto, así también imponía él la suya á la niña, que sufría aquel yugo sin notarlo.

Bathilde llegó al fin á los diez y seis años. Pero alta y desarrollada, con las formas muy pronunciadas, representaba más bien diez y ocho.

Tenía además una inteligencia superior á su edad.

Ligera y astuta como una italiana, ocultaba bajo un aspecto de ingenuidad y de candor una ciencia profunda ya de la vida.

Entonces creyó Peyrolles llegado el momento de utilizarla en la ejecución de sus desos.

Hacia algún tiempo que se había operado cierto cambio en su modo de vivir, porque la casa en que habitaba, y en la que, durante largos años, no había recibido á alma viviente, se animaba ahora, después de caer la noche, y cuando Bathilde se había retirado á su cuarto, de un vaivén singular.

Varias veces, la joven, que era la curiosidad misma y

que no tenía muchas ocasiones de satisfacer su inclinación, había tratado de sorprender el secreto de aquellas citas nocturnas; pero aunque ya era sagaz y lista, nada consiguió de su indiscreción, pues Peyrolles no recibía á sus visitas sino detrás de una triple muralla de puertas herméticamente cerradas.

El pérfido viejo sabía muy bien lo que hacía.

Apreciaba en su justo valor los malos instintos de su hija adoptiva, instintos cuyo desarrollo había activado él conscientemente, y en ese caso particular, quería poner sus actos y palabras al abrigo de los ojos y oídos de su muy dócil discípula.

Vamos á hacer conocer rápidamente el nuevo complot que tramaba el *ex factótum* del príncipe de Gonzaga con los á quienes no abría la puerta antes del toque de queda.

Lejos de apagar su odio contra Enrique de Lagardère, la separación de tiempo y de lugar no había hecho sino aumentarlo.

Además, Brujas no estaba lo bastante lejos de París para que, de cuando en cuando, dejase de oír el relato de alguna nueva proeza del conde, ó de la perfecta felicidad en que vivía el marido de Aurora de Nevers.

Y si Peyrolles no había empezado aún la ejecución del terrible juramento de represalias que profirió al salir de Francia, es porque era goloso á su modo, el vengativo viejo, y quería saborear bien su venganza.

No sin éxito, había educado á Bathilde y la había perfeccionado con cuidado, porque pensaba servirse de ella como de una máquina para apoderarse de gran

parte — sino de toda — de la fortuna de su enemigo.

Pero el esmero por él aportado á aquel *invento* no le hacía perder de vista el objeto positivo de su vida, es decir, la muerte de todo lo que poseía el execrado nombre de Lagardère.

Su deseo, madurado hacía mucho tiempo, había quedado en estado de proyecto, porque no sabía dónde ni á quién dirigirse para hallar puñales y espadas en venta.

En efecto, todos los espadachines empleados antes por su digno amo estaban muertos.

Todos menos dos, el gascón Cocardasse y el normando Passepoil. Pero no podía recordar á estos dos sino con rabia, pues le habían hecho traición.

Y el tiempo pasaba, ¿á qué aguardaba para tomar una determinación y obrar?

La edad no había aportado un átomo de valor á aquel corazón de liebre.

La fría voluntad de su antiguo amo, bribón inmundo, pero hombre de energía — le faltaba.

No le espantaba entablar la lucha ¡oh, no! sobre todo mientras la sentía lejos; pero temía comprometerse buscando demasiado abiertamente á sus nuevos cómplices.

Su fiel memoria le volvía á enseñar el vacío que la espada de Lagardère proscrito había producido en torno suyo; y se preguntaba cómo, él, Peyrolles, que no era nada, que ya no existía, podría proceder mejor que un príncipe, sobre todo contra Lagardère, hecho conde y bien en la corte.

Acaso hubiera tergiversado todavía mucho tiempo, de no haberse mezclado la casualidad para empujarle por el camino que él se había trazado.

Una noche, cuando Peyrolles, volviendo del paseo cotidiano que daba á la hora del crepúsculo, iba á cerrar la puerta de su casa, prodújose gran ruido en la calle y la puerta fué empujada tan bruscamente desde fuera, por una mano vigorosa, que el anciano tuvo que apoyarse contra la pared, para no caer de espaldas.

Un segundo — el tiempo preciso que necesita una puerta para abrirse y volver á cerrarse — Peyrolles tuvo la visión de un hombre que penetraba en su casa.

— ¿Quién es usted y qué me quiere? — balbució con cierto espanto, porque el intruso y él estaban en aquel momento en la más completa oscuridad.

— ¡Chitón! — replicó el otro. — ¡Escuche!

La calle se llenó de clamores y de luces.

Una gran cantidad de hombres, algunos de los cuales llevaban antorchas, corría hacia el centro de la ciudad gritando:

— ¡Muera! ¡muera el asesino!

El espanto de Peyrolles aumentaba.

— ¿Ese asesino á quien persiguen es usted? — preguntó por fin, titubeando.

— En efecto, á mí es á quien dan caza esos estúpidos burgueses — respondió el otro con marcado acento alemán. — Pero me acusan de asesinato, sin razón; puesto que el hombre á quien he matado, ha muerto en duelo legal.

— ¿Y viene usted á comprometer mi casa, para aho-

rrarse el dar explicaciones á la justicia? — exclamó el anciano recobrando su aplomo y enfurecido por el temor que tenía de verse mezclado en tan feo asunto.

El desconocido le puso tranquilamente la mano en la boca.

— ¡Chitón! — repitió. — Nadie sospechará de su casa si usted no grita, buen hombre, y ¡qué demonio! como no estoy de humor de dejarme coger, le voy á clavar la lengua como á Daniel O'Chrâne, si no se calla... Tenga un poco de paciencia... Mire, ya se van los perros...

En efecto, los perseguidores se iban.

Ninguno de ellos había visto al hombre introducirse en casa de Peyrolles, y como la puerta estaba cerrada herméticamente, se iban sorprendidos de no ver á su caza, que se había eclipsado de repente, cual si se la hubiera tragado la tierra.

Poco á poco, cesaron los gritos, alejáronse los pasos, y la noche volvió á sumirse en su acostumbrado silencio.

— Gracias por el servicio que acaba usted de prestarme, buen hombre — dijo entonces el extranjero, sacando la mordaza viva que no había dejado de tener aplicada contra la boca de Peyrolles durante toda la última parte de la busca. — Voy á aprovechar la oscuridad para huir de este pueblo donde no le permiten á uno zanjar los asuntos á su modo.

— ¿Ha matado usted á Daniel O'Chrâne? — preguntó el anciano en cuanto recobró la libertad de su lengua.

— Al mismo.

— ¿En duelo?

— En duelo.

— ¡Diantre! ¡Es usted buen tirador!... O'Chrâne pasaba por ser la mejor espada de Brujas.

— Eso prueba simplemente que Brujas es muy pobre de buenos tiradores ó que la reputación de ése era exagerada.

— ¿Por qué lo ha matado?

— Es usted curioso... Si fuese un asunto personal, le diría: Supongamos que ha sido por entretenerme... Pero las distracciones que no reportan, no me gustan apenas y trabajo más por cuenta ajena que por la mía propia... ¡Ea! una vez más le repito las gracias...

Detúvole Peyrolles en el momento en que iba á retirar las barras de la puerta para salir.

Acababa de comprender que tenía ante sí á un espadachín cuyo brazo se vendía, y su venganza por satisfacer le inspiró en seguida.

— Espere — le dijo.

— ¿Esperar? — dijo con sorna el desconocido — ¿Cómo quiere usted retenerme ahora que el camino está libre?

— Sí, una emoción tan fuerte ha debido de debilitarle. Suba á mi despacho, y beberemos una copita de licor, charlando.

El otro no se hizo rogar mucho, y ambos hombres subieron la escalera.

La primera cosa que hizo el hipócrita viejo, después de encender la lámpara, fué ir á ver si Bathilde dormía.

Tranquilo por esa parte, volvió al cuarto que le servía de despacho y biblioteca.

Al entrar, la luz que llevaba en la mano, dió de pleno en el rostro de su interlocutor de la antesala, y no pareció poco sorprendido al ver en él un hombre muy joven.

En efecto, el desconocido apenas tendría diez y ocho ó diez y nueve años.

No era guapo, y su rostro, en el que brillaban dos ojos profundamente guasones, llevaba ya huellas de una vida accidentada por la fatiga y los excesos.

Cuando los dos se hubieron sentado junto al escritorio, en que acababan de colocarse dos copas y una botella, murmuró Peyrolles, como hablándose á sí mismo.

— Daniel O'Chrâne era muy buena espada, digan lo que dijeren, y, al vanagloriarse de haberlo matado, este jovenzuelo debe adornarse con un acto imaginario.

— ¡Eh! buen hombre, tiene usted un vino muy bueno — dijo el joven, después de beber, y examinando á su huésped.

Y luego, añadió, riendo, al ver que no obtenía respuesta :

— Y tiene usted los ojos más curiosos, que habladora la lengua.

— ¿No me ha dicho usted, que se casa á veces con la venganza de otros? — preguntó Peyrolles de sopetón.

— No sé si le he dicho eso, buen hombre ; pero el

caso es que ya he tenido varias esposas de ese género, y bien dotadas por cierto.

— ¿ Le han pagado, por su desafío con Daniel O'Chrâne ?

— ¿ Á qué ocultarlo ?

— ¿ Quiere decirme su nombre ?

— Matías Knauss.

— ¿ Y dónde ha aprendido á manejar la espada ?

— Mi maestro, á quien no he vuelto á ver desde hace algunos años, es uno de los mejores tiradores de Alemania, y se llama Staupitz.

— ¿ De Colonia ? — exclamó el anciano, levantándose como galvanizado.

— Sí. ¿ Le conoce usted ?

— Le conocía... porque ya ha muerto.

— Le llegó el turno — murmuró filosóficamente Matías. — Habrá tropezado con alguno más fuerte que él.

— Cayó con la frente atravesada por la espada del conde Enrique de Lagardère.

— Me había hablado de un Lagardère ; pero aquél no era más que caballero.

— Es el mismo.

Y Peyrolles dió á su voz una entonación patética, añadiendo.

— Matías Knauss, ¿ quiere usted vengar á su maestro ?

— ¿ Quién paga ?

— Yo ; pagaré generosamente.

Staupitz debió de hablarle también del príncipe de

Gonzaga y de su intendente Peyrolles. Yo soy este último y prosigo la obra por la que dieron su vida mi amo y su maestro de usted.

Entablada de este modo la conversación, los dos miserables tenían que concluir por entenderse.

Un poco antes de amanecer el día, salió Matías Knauss de la casa que le había servido de asilo.

Llevaba el corazón ligero y pesada la bolsa, pues exigió fuertes arras y una buena prima para tratar de obrar mejor que su maestro.

Á partir de ese encuentro y de ese pacto, es cuando la casa de Peyrolles se llenaba del particular vaivén que intrigaba á Bathilde.

Knauss cumplía la primera parte de su compromiso y enviaba uno por uno, para cobrar su salario, á los cómplices que se unía.

Cuando estuvieron ya reunidos unos quince espada-chines, el rencoroso anciano juzgó suficiente su cuadrilla.

Mas no bastaba tener los asesinos.

Faltaba por hacer lo peor, pues tratábase de hallar medio de atraer al conde de Lagardere á una emboscada que le preparaban.

XI

LA BUENA IDEA DEL SEÑOR DE PEYROLLES

Un mes próximamente después de su pacto con el joven alemán, preguntábase por milésima vez, Peyrolles, de qué treta se valdría para conseguir su perfidia, cuando se pegó de pronto en la frente dejando escapar un grito de alegría.

Una *bueno idea* acababa de germinar en su imaginación.

Satisfecho de su hallazgo, fué á encerrarse en su despacho, y sentóse junto á un escritorio en el que había una escribanía y papel.

Seguro de que nadie le molestaría, abrió un cajón de dicho escritorio y sacó de él una cartera de piel con las armas de los Gonzagas grabadas, cuyo escudo cincelado en oro destacábase de la cubierta.

Esa cartera había pertenecido en efecto al asesino del duque de Nevers; pero convirtiósese en propiedad